

## CAPITULO DOCE.

---

Circunstancias personales de Comonfort.—Influjo de ellas en su conducta pública.— Sencillez de sus costumbres.—Popularidad que alcanzó.— Hechos que la demostraron — Sus cualidades y sus defectos.— Carácter de sus reformas.— Carácter de las resistencias.— La revolucion de nuestro siglo.— Sistema de resistencia absoluta.— Necesidad de la reforma.— Lucha de Comonfort con la reaccion.— Crimen atroz cometido por el fanatismo.— *Fortuna y desgracia de Comonfort.*— *Injusticia con que fué tratado.*— Sus errores.— Su despreocupacion.— Sus principios y su pensamiento de gobierno.— Conclusion.

Hemos terminado la relacion que nos propusimos hacer: pero nuestra tarea quedaria incompleta, si no redujeramos á breve espacio las observaciones á que dan lugar los acontecimientos del periodo que hemos recorrido, porque esto es necesario para que se vea de un golpe el caracter de las reformas que entonces se emprendieron, y el de las resistencias que encontraron. Mas como todo lo que pasó en aquella época, recibió especialmente su carácter de los sentimientos y circunstancias personales

de Comonfort, es indispensable que algunos permenores relativos á este punto tengan lugar en el cuadro que nos proponemos trazar en el presente capítulo; y con esto aspiramos tambien á satisfacer la curiosidad que naturalmente escita un hombre que tanto ha figurado en los destinos de su pais, y que ha sido por esta razon el principal personage de la relacion que hemos hecho.

El General Comonfort tiene ahora unos cuarenta y seis años, y parece hallarse en aquel periodo de la vida, en que, desarrolladas por completo todas las facultades físicas é intelectuales del hombre, se juntan en él, con el vigor de la juventud, la prudencia y la reflexion de la edad madura. Es de estatura elevada, de presencia varonil, y de continente reposado y grave: dotado de una constitucion robusta y vigorosa, encuentra placer en los egercicios de fuerza y destreza, gusta de egercitarse en el manejo de las armas, y puede facilmente soportar los trabajos mas duros. En su semblante, algo tostado por el sol y por las inclemencias, se descubre á primera vista un rasgo de severidad, que desaparece al punto, dominado por otros rasgos mas fuertes de blandura y de melancolia: es un tipo original completado por una ligera inclinacion de cabeza hácia el hombro derecho, y por esta razon su peculiar fisonomía se ha reproducido siempre con cierta exactitud en sus retratos. Los rasgos distintivos de su carácter son la amabilidad y la dulzura: tiene una fuerza admirable para disimular sus sentimientos y dominar sus pasiones, y nunca se le vé aban-

donarse á los extremos de una alegría estrepitosa, ni entregarse ciegamente á un arrebató de ira. Es valiente y sereno en los peligros, sufrido en los trabajos, firme en sus propósitos, algo tardo y vacilante en sus resoluciones, pero enérgico para llevarlas á cabo, una vez tomadas. Modesto en todo, hay una notable sencillez en su porte y en sus hábitos, aunque siempre se advierte cierto primor en todo lo perteneciente á su persona. Es desprendido y generoso, y pasaría por espléndido si pudieran serlo los que no poseen una gran fortuna. Tolerante hasta el extremo con las opiniones ajenas, perdona fácilmente las injurias, y no guarda rencor á sus enemigos. Aunque no insensible á los halagos de la popularidad y de la gloria, prefiere á esto los encantos de la vida privada, y las satisfacciones íntimas del hogar doméstico y de la familia. Gusta de entretenerse con los niños, porque su inocencia le compensa de la malicia que ha encontrado en los hombres; y cuando negocios graves no le ocupan, sus horas de desahogo están siempre consagradas á los entretenimientos mas inocentes. En fin, es sinceramente religioso; ama la religion de sus padres, y no quiere otra para su pais, aunque no puede comprender la violencia, la coaccion y las persecuciones de la intolerancia bajo ninguna forma.

Estas cualidades del hombre privado se revelaron siempre en el hombre público, y no se desmintieron ni en los dias de su poder y de su gloria, cuando podian haberle desvanecido las ovaciones populares de que era objeto.

En medio de ellas, y cuando resonaba el espacio con los aplausos tribudados á su nombre, el pueblo le veía pasar en las ceremonias públicas y en las grandes paradas, vestido sencillamente de negro y sin ningun distintivo, rodeado de los generales y altos funcionarios que ostentaban vistosos uniformes y magníficos trages. Solamente un dia, el 27 de Setiembre de 1857, aniversario de la entrada en Méjico del egército trigarante, se presentó de gran gala en la procesion cívica, " porque es preciso, dijo el, hacer honor al egército y á la memoria del Sr. Iturbide; no sea, añadió graciosamente, que si voy vestido de paisano, me tengan por demagogo."

En las largas temporadas de sobresalto y de alarma, que hubo durante su gobierno, cuando cada sol que salia le anunciaba una nueva conspiracion, y cada noche le pronosticaba una muerte desastrosa á manos de los conjurados, pasó semanas enteras sin desnudarse, velando incessantemente por el órden público, y despuntando el sueño recostado en un sofá ó en una silla: pero nunca perdía su serenidad habitual ni su calma en aquellos casos, ni le faltaban frases oportunas con que hacer llevaderas aquellas vigiliass al comandante general, al gobernador, ó á cualquiera otra de las autoridades que solian acompañarle en ellas.

Consagrado enteramente al despacho de los negocios y á mirar por los intereses de la paz pública, no queriendo negar nunca el amparo de la autoridad á los que le

solicitaban, y pronto siempre á escuchar á cuantos querian hablarle, casi nunca pudo establecer un arreglo en su método de vida: dias enteros se le pasaban sin tomar alimento, y tenia que pedir algo de comer á la una ó las dos de la mañana cuando quedaba libre; y casi siempre prolongaba su trabajo hasta horas muy avanzadas de la noche, robandoselas al sueño y al descanso.

Cuando encontraba una corta tregua en aquella tarea incesante y fatigosa, y podía evadirse para respirar libremente algunos momentos, bajaba por una escalera escusada de Palacio, salia envuelto en su capa sin que lo echáran de ver guardias ni centinelas, é iba á visitar á su madre á quien ama y venera como buen hijo, y á sus hijas á quienes cuida y educa como padre solícito y cariñoso: otras veces daba una vuelta por las calles, y alguna vez se presentaba en el teatro como cualquiera particular.

Mientras tuvo su residencia en Tacubaya, solia andar el camino entre aquella villa y la ciudad, no solo sin escolta ni ningun otro aparato correspondiente á su posicion, sino enteramente solo en su coche; y cuando era de dia, tomaba por las calles mas estraviadas para sustraerse á la curiosidad de la multitud.

Esta inalterable serenidad con que salia y se presentaba en todas partes, solo y á deshora, en una época en que se le tendian tantas asechanzas y se conspiraba con tanto

ardor para perderle, causaba profunda inquietud á sus amigos, los cuales le aconsejaban que fuera mas precavido para no esponerse á ser víctima de algun atentado; pero á él jamás le ocurrió que fuera posible semejante cosa, ni aquellas indicaciones le hicieron cambiar en nada sus hábitos de sencillez y de modestia. Una vez que tenia que asistir á un gran banquete popular, que se dió en la Calzada de la Piedad de Méjico, corrió la voz de que le habian de asesinar allí durante la comida, y sus amigos tomaron grande empeño porque no se presentára en ella: sin embargo, él asistió, y no solo estuvo tranquilo en el banquete, sino con el contento y la satisfaccion que requería aquel obsequio. El mismo consejo le dieron, y aun con mas ahínco, pero tambien en vano, otro dia que asistió á la distribucion de premios en la Alameda por la exposicion de flores y frutas, porque se habia dicho que estaba preparado todo para asesinarle durante aquella ceremonia. Generalmente oía con disgusto las conversaciones que se movian en su presencia sobre este particular, y cuando mas contestaba:—“Si me asesinan, ¡cómo ha de ser! moriré en mi puesto.” Otras veces solia decir en tono algo severo, para que no continuára la conversacion: “Esos no son mas que rumores de gente ociosa: nuestros partidos políticos no asesinan; y los pocos desalmados que quisieran cometer ese crimen, no se atreven.”

Aunque tiene inclinaciones y prendas de soldado, como lo acreditan sus hechos, y aunque por lo mismo arrostra con sangre fria los peligros de la guerra y no le atemori-

zan los destrozos de las batallas, mira con profunda aversion las guerras civiles, le atribula en sumo grado la sangre que se derrama en ellas, y le causan sobre todo un horror invencible las egecuciones por delitos políticos. Por eso se le vió siempre triste y desconsolado en los dias de sus mejores triunfos, y nunca permitió que estos se celebráran con salvas y repiques, no obstante que algunos fueron espléndidos, y vinieron á salvar situaciones verdaderamente desesperadas. Esta noble y humana conducta contrasta notablemente con la de sus enemigos, que antes y despues de su administracion, no han cesado de entregarse á demostraciones de júbilo por cualquiera ventaja obtenida en la guerra, como si no se acordáran de que es una lucha fratricida, en que se destrozan unos á otros los hermanos. Comonfort dijo el mismo dia que entró en Puebla, triunfante de la primera reaccion, y repitió despues muchas veces:—"Victorias que tanto cuestan, solo con lágrimas debieran celebrarse."

Todos estos rasgos de bondad, de modestia y de mansedumbre, eran apropósito para cautivar el afecto público: pero cuando se recordaba que estas simpáticas cualidades residian en aquel hombre al lado de las virtudes de un guerrero; cuando se traían á la memoria sus hechos de armas durante la revolucion de Ayutla, y se consideraba que aquel Presidente, tan sencillo en su trato, tan afable y tan complaciente con todos, era el mismo caudillo que en 1854 había hecho frente en Acapulco á mas de cinco mil hombres con menos de quinientos; el mismo que en

1855 habia tomado á Zapotlan bajo una nube de balas enemigas; el mismo que en 1856 habia dejado atónitos á los mas valientes en la campaña de Puebla, el afecto del pueblo se convertia en entusiasmo, y el entusiasmo rayaba á veces en delirio. Alcanzó pues Comonfort una popularidad inmensa; y no solo cautivó á los partidarios de la causa que sostenia, sino que se atrajo la admiracion de todas las personas imparciales, que no estaban apasionadas por el espíritu de partido, aunque no tuvieran simpatías por la política del gobierno.

Esto esplica la singular fortuna que tuvo Comonfort para saber á tiempo todo lo que se hacia en su daño, y todas las conspiraciones que se tramaron contra su administracion, porque siempre hubo personas que le anunciaron los peligros para que pudiera evitarlos, cuando no se le revelaban por medios al parecer casuales, que pasaron, por ser tan repetidos, por disposiciones de la Providencia.

Por una de estas raras casualidades supo que un exministro de Santa Anna habia sido el autor de uno de los papeles clandestinos que se publicaron entonces. Recostado en el barandal de un balcon, oía indiferentemente un empleado de Palacio la conversacion de un palafrenero y de una muger; y habiendo escitado su curiosidad algunas palabras que parecian referirse á las cosas de la política, llamó al criado, y le preguntó de que estaba hablando. Dijo el palafrenero que aquella muger era su herma-

na, que estaba sirviendo en casa del Sr. Fulano (dijo el nombre de uno de los ministros de Santa Anna), y que le contaba que en aquella casa se habia leído delante de la familia y de varios amigos, un largo manuscrito que habia escitado grande algazara entre ellos, que la lectura habia sido á cada rato interrumpida con risas y aplausos, y que le parecia que en aquel papel se hablaba muy mal del Sr. Presidente. Dijo despues la muger que el que habia leído el manuscrito, era un señor que visitaba con frecuencia á sus amos, siempre de noche y en ademan recatado, como si viviera escondido; y dió en seguida tales señas de aquella persona, que fué fácil venir en conocimiento de que era otro de los ministros del dictador. Contó el empleado estos pormenores al Presidente; y pocos dias despues se encontraron desparramados por las calles de la ciudad infinitos egemplares de un papel impreso, en forma de carta dirigida á Comonfort. Cuando se le presentaron á este, dijo al punto:—“Esto es obra de Fulano.” Era un libelo infamatorio, compendio de las mas atroces calumnias y de los mas horrendos ultrages con que se puede ofender á un hombre. Comonfort tuvo despues otras pruebas que no le dejaron sobre el particular la menor duda; y sin embargo, respetó el asilo de los que tan cruelmente pretendian afrentarle.

No fueron menos extraordinarios los medios por que algunas veces se descubrieron las tentativas de conspiracion. Hallábanse una noche reunidas en una casa de San Angel varias familias de las que estaban pasando en aquel

pueblo la temporada del verano. La noche estaba deliciosa, y varias señoras de la tertulia salieron á dar un paseo por la plaza. Dos de ellas traxeron conversacion, y despues de hablar un rato de cosas indiferentes, fueron á parar en el principal asunto del dia, que eran los trastornos públicos. La una dijo que el gobierno de Comonfort no duraria ya mucho tiempo, porque ella sabia bien que habia un plan organizado para derribarle, y que dentro de pocos dias iba á estallar una gran conspiracion, en que tomarian parte varias personas de cuenta que nombró en el acto. La otra, que por su edad y por su sexo era enteramente estraña á la politica, escuchó con suma indiferencia las primeras palabras de su interlocutora; mas cuando oyó hablar de revolucion, se estremeció con la idea de los peligros que podia correr en ella un individuo que la inspiraba tierno interés. Refirióle pues lo que habia oido, y él, que era partidario del gobierno, lo puso en noticia de este; y sirviendo de base á nuevas pesquisas las indicaciones de aquella conversacion, pudo descubrirse y desbaratarse una de las conspiraciones mas formidables de la época.

Así fué como pudo Comonfort prevenir las continuas asechanzas de sus enemigos, debiendo esta fortuna á las simpatias que inspiraba, ó á una especial proteccion del cielo, no á los cuidados ni á la organizacion de la policia secreta, á cuyo ramo nunca quiso ni pudo destinar sino muy escasos fondos, porque aquel hombre tan pródigo como particular, vivió siempre como gobernante con tan-

ta economía y estrechez, que causó la admiración de todos los que lo vieron.

El general Comonfort tiene como todos los hombres los defectos de sus cualidades; pero estos defectos han sido exagerados por sus enemigos, y aun por los imparciales que no han aprobado su política, como no podía menos de suceder tratándose de un personage en torno del cual se han agitado tantas pasiones, tantos intereses y tantas opiniones distintas. Su inalterable afabilidad para hablar con todos, fueran amigos ó enemigos, y para tratar con calma de asuntos que no podían menos de causarle enojo, dió lugar á que muchos le tuvieran por falso: pero en realidad esta tacha no fué sino invención del espíritu de partido, que se empeñó en echar á mala parte hasta lo bueno que encontraba en él. Es en efecto indudable que aquel dominio sobre sí mismo honraba á Comonfort como hombre privado, puesto que procedía de su carácter bondadoso, mientras que como hombre público le acreditaba de discreto y prudente, una vez que su disimulo le proporcionaba la ocasión de oír las encontradas opiniones de los que llegaban á su presencia, para formar juicio de los hombres y de las cosas, y aprovecharse de este conocimiento en las difíciles circunstancias en que se encontraba. Si alguna vez se le hubiera visto hacer traición á sus opiniones delante de los que las combatían, ó fingir que profesaba las de las personas que le hablaban, el cargo de falsedad sería fundado; pero hacersele porque no rechazaba bruscamente á los que tenían

un parecer opuesto al suyo, y porque en vez de esto, mostraba respeto y tolerancia con las opiniones ajenas, fué llevar hasta el último extremo la injusticia de los ataques.

Algunos han dicho que si hubiera desplegado mas energia, habria vencido á sus contrarios, y habria hecho triunfar en Méjico la causa de la reforma. Este es un error que los acontecimientos de la época hicieron patente: Doblado en Guanajuato, Traconis y Alatríste en Puebla, desplegaron esa energia que en Comonfort se echó de menos; y sin embargo, Guanajuato y Puebla fueron los Estados donde las resistencias fueron mas tenaces, donde hubo mas conspiraciones, y donde la reaccion encontró mas proselitos. Es verdad sin embargo, que el carácter dominante de Comonfort no es la energia revolucionaria, y que bajo este respecto siempre habria dejado mucho que desear á los que creen que hay justicia para imponer á viva fuerza y á cualquier costa los principios que proclaman. Pero hay que añadir tambien, que este sistema de rigidez y de violencia no entró en sus propósitos, supuesto que la base de su política fué un pensamiento conciliador, como se ha visto ya, y que á este pensamiento estuvieron subordinadas sus tentativas reformadoras. Por eso hemos indicado al empezar este capítulo, que en los actos públicos de Comonfort, y en los acontecimientos de su época, se reflejó de una manera especial el carácter de sus sentimientos y de sus circunstancias personales.

El General Comonfort quiso hacer en Mejico por medios suaves, lo que en otros paises suele hacerse por medios violentos; lo que de un modo ó de otro se ha de hacer allí tarde ó temprano, como en todos los pueblos de la tierra, porque asi lo quiere Dios, ó así lo permite, sin que ninguna fuerza humana sea capaz de evitarlo.

La revolucion de nuestro siglo es un hecho providencial, como todos los grandes hechos de la historia. Si viene del cielo ó del infierno, si es obra de Dios ó de Satanás, si es una bendicion ó un anatema, son cuestiones que estan ventilando todavia los hombres del pasado y los hombres del porvenir, pero cuya resolucion no hace á nuestro proposito. Lo que nosotros vemos es que mientras ellos discuten, esa revolucion avanza sin detenerse un instante, venciendo todas las resistencias, allanando todos los obstáculos y derribando todos los muros que se le oponen; que se realiza en todos los pueblos, penetra en todos los climas, influye en todas las razas, y vá por todas partes cambiando ó aniquilando instituciones, leyes y costumbres; que no han podido atajarle el paso las resistencias mas fuertes, los intereses mas poderosos ni las combinaciones mas hábiles, como si la guiara una inteligencia superior á la de todos los sabios, como si la apoyára un brazo mas fuerte que el de todos los poderosos, y como si con ella se ligára un interés mas grande que todos los intereses conocidos. Esto es lo que vemos; y vemos ademas, que esa revolucion, vencedora de todos los esfuerzos combinados contra ella, vive y se propaga por el mundo, ó

pesar de los elementos destructores que en su seno abraiga, sin que hayan podido matarla ni las injusticias ni los excesos ni los crímenes con que algunas veces se ha manchado.

Cuando un hecho presenta estos caracteres, es preciso llamarle providencial, so pena de darle esplicaciones absurdas. Y siendo así, hay motivos para esperar, ó para temer, si se quiere, que esa revolucion cambie con el tiempo la faz de las sociedades, modificando con lentitud ó destruyendo violentamente cuanto hay en ellas. Solo una cosa permanecerá inalterable y firme en presencia de ese influjo innovador ó de esa fuerza destructora, la Iglesia de Jesucristo, porque Dios la ha prometido su asistencia hasta el fin de los tiempos: todo lo demas está espuesto á sufrir los cambios y mudanzas que parecen ser el espíritu de la época, porque nada, sino la Iglesia de Jesucristo, cuenta con aquella promesa celestial.

Así han contemplado á la revolucion social del siglo XIX algunos de los hombres mas sabios de nuestros dias, que se han ocupado en discurrir sobre los medios de evitar sus destrozos, viniendo á sacar por consecuencia, despues de profundas observaciones sobre el carácter y circunstancias de esa revolucion, que no conviene emplear contra ella un sistema de resistencia absoluta; que es una cobardía ceder á todas sus exigencias, y que el único modo de calmar sus furores y prevenir sus estragos, es salirle al encuentro con reformas prudentes y oportunas.

La revolucion es como el huracan, que deja en pié las cañas y arranca las encinas, porque las primeras se doblan y las segundas se resisten. Los que la combaten á todo trance, son unos insensatos; los que la adulan, son unos imbéciles; los que la esperan preparados para impedir que destroze y aniquile, son prudentes y previsores. Glorioso es salir á la defensa de lo pasado contra la injusticia de los que lo menosprecian, porque lo pasado es la memoria de nuestros padres, son las creencias que nos legaron, y los egemplos de virtud que nos dieron; pero no es cordura oponerse á que se toque á las instituciones antiguas con el pretesto de que se les ha de respetar y dejarlas en el mismo estado que tuvieron en otras edades: los que hacen esto, se parecen al dueño de un viejo edificio, que no le quisiera reparar por no hacerle perder un ápice de su antigua forma.

Viene á veces la revolucion personificada en las desenfundadas turbas, armada de puñales y guillotinas, ansiosa de sangre y de matanzas: cada palabra suya es entonces una blasfemia; cada uno de sus actos es un crimen; cada paso que dá, está marcado con una impiedad, con una profanacion ó con un sacrilegio: acompañaala el genio de la destruccion y del esterminio; delante de ella van las furias desatadas, detras deja un reguero de sangre y de cenizas. Entonces bien claro está el deber de los pueblos que sufren tal desventura, porque este deber se confunde con los sentimientos mas caros y con los instintos mas poderoso de la sociedad y del individuo: *combatir pro aris et focis*;

defender hasta morir, la tradicion y las creencias, la humanidad y la civilizacion, contra esta nueva especie de barbarie.

Pero no siempre la revolucion se presenta con estos aparatos terríficos y con estas intenciones siniestras; que á veces viene personificada en hombres buenos y sencillos, en gobiernos justos y paternales, que sin resistirla como los insensatos, ni adularla como los imbéciles, toman á su cargo la difícil tarea de refrenarla y de conducirla por donde haga bien; hombres y gobiernos, que de veras quieren estirpar antiguos abusos para dejar en pié lo bueno y lo respetable que hay en las tradiciones; que apuntaban el edificio social con la reforma, para que no le derribe la revolucion; que cubren lo antiguo con la égida de las formas nuevas, para que pase sobre ello, sin maltratarlo, la ráfaga innovadora de nuestro siglo. Entonces se verifica un hecho que algunos tienen aun por una utopia: el principio conservador y el principio revolucionario hacen las paces, se abrazan como amigos, y conspiran á un mismo fin; y la revolucion pasa sobre los pueblos como una lluvia benéfica, en vez de pasar como una tempestad desoladora.

Esto quiso hacer en Méjico el General Comonfort, y este carácter tuvieron sus reformas. Si no precedió el acuerdo de la potestad eclesiástica para emprender las relativas al clero, no fué un error del gobernante; fué desgracia suya verse precisado á entrar solo

en aquella senda, para quitar pretextos á la revolucion, para satisfacer las necesidades de la sociedad, y para evitar las catástrofes que la amenazaban: y si despues no se obtuvo aquel acuerdo, no fué por culpa del reformador, que le invocó francamente en apoyo de sus providencias, sino por culpa de los que se empeñaron tenazmente en que no tuvieran aquellas reformas una sancion que habria aniquilado el mejor pretesto de la reaccion política. Un gobierno que reclamaba el derecho de intervenir en los negocios eclesiásticos que tuviesen relacion con el órden temporal, no podia desconocer en la potestad eclesiástica el derecho de intervenir en los negocios civiles que de algun modo pudieran referirse á objetos espirituales. Comonfort no solo no rechazó esta intervencion, sino que la solicitó por todos los medios que estuvieron á su alcance; y si es verdad que no lo hizo tan á tiempo como su mismo interés le aconsejaba, esto será un motivo de censura por lo tardías que fueron á veces sus resoluciones; mas no justifica el cargo que se le ha hecho, de haber invadido la juridiccion agena, y de haber sido agresor del santuario.

De todos modos, los hechos justifican que el carácter de la política reformadora de Comonfort fué la templanza, y que el carácter de las resistencias que se le opusieron, fué la violencia. Comonfort se presentó como mediador entre la revolucion y las tradiciones; y sin embargo, sus enemigos, invocando el espíritu tradicional, le hicieron la misma resistencia que se hace á la revolucion

cuando aparece cortejada por destrozos, alumbrada por incendios y marchando por entre lagos de sangre. Ellos llamaron en su auxilio todos los recursos del fanatismo conservador, pero Comonfort no llamó en su ayuda todos los recursos del fanatismo revolucionario. En consecuencia, la lucha no fué igual; fué una lucha de nueva especie en la historia de las revoluciones modernas: la revolución no se presentó allí con su actitud amenazadora y terrible; se presentó brindando con la paz, y la tradición declaró la guerra; se presentó en ademán de proteger los intereses tradicionales, y estos rechazaron su protección declarando que se bastaban á sí mismos. Por eso allí se cambiaron los papeles: la revolución, personificada en el Presidente, fué templada y medida; la tradición, personificada en los reaccionarios, fué desaforada y violenta, y á veces poco escrupulosa en la elección de sus armas y en su sistema de ataques.

Los principales directores de la reacción no eran fanáticos, y si hicieron mal, no tienen esta disculpa; pero hubo escenas de horrible fanatismo. Una de ellas llenó de espanto al país por mucho tiempo, y merece ser recordada, porque si no pinta por fortuna el espíritu de la época, revela el influjo fatal que ejercían en algunos individuos las máximas atroces que entonces se proclamaban como verdades religiosas.

Durante la segunda reacción de Puebla, salieron de aquella ciudad para la capital de la República con una

comision de los pronunciados, D. José Maria Benitez y D. Carlos Castellero, jóvenes pertenecientes á dos familias respetables de la misma ciudad. Se acabó la revolucion con la derrota de los rebeldes: supose que ninguno de los dos habia llegado á su destino, pero ninguno de ellos habia regresado á su casa. Sus familias alarmadas hicieron las mas esquisitas diligencias para averiguar su paradero; mandaron emisarios por todas partes, preguntaron á todos sus deudos y amigos; pero ni el menor indicio pudieron encontrar de la suerte que habian corrido aquellos dos jóvenes ni el criado que los acompañaba. En esta ansiedad se pasaron tres meses; sus familias los lloraban por muertos, y la pesadumbre cundia por la ciudad entera, donde los dos jóvenes eran generalmente queridos por sus bellas cualidades. Por fin, á los cuatro meses vino á revelarse el misterio de aquella desaparicion; y era un misterio espantoso: Benitez y Castellero habian sido barbaramente asesinados, y habia corrido la misma suerte el criado que los acompañaba. La naturaleza de su comision y el estado de las cosas, les aconsejaban tomar por sendas estraviadas, dejando el camino real: al pasar por uno de aquellos pueblos, cerca todavía de Puebla, una descarga salida del curato dejó sin vida á Benitez y al criado que iban delante. Castellero que se habia quedado un poco atrás, al ver aquello, volvió riendas y echó á huir; y entonces el cura y el alcalde, á la cabeza de los vecinos, le persiguieron hasta un bosque inmediato, donde le alcanzaron. Conducido al pueblo, y amarrado como un criminal, pronto conoció, por los denuestos que le decian, el

origen del trance en que se hallaba: era que los habian tomado por partidarios del gobierno. Entonces dijo á sus perseguidores, que su amigo y él, lejos de ser lo que ellos pensaban, iban á la capital con una comision de los conservadores que ocupaban á Puebla. Castellero era un jóven de rostro angelical y de talento despejado, que cautivaba el afecto de cuantos le miraban y le oian. Los vecinos empezaban á apiadarse de él, atraídos por su simpática presencia y por sus buenas razones; pero el cura y el alcalde volvieron á escitar su furor contra el preso, diciendoles que aquel hombre los engañaba; que indudablemente era un herege, y que era preciso inmolarle, sopena de que Dios enviara sobre el pueblo alguna gran calamidad, por haber dejado impune á uno de los perseguidores de la religion, teniéndole en sus manos. En vano el pobre Castellero imploró la piedad de sus verdugos, protestando su inocencia; en vano pidió á gritos los auxilios espirituales, cuando vió que le iban á sacrificar: no hubo piedad con él, y se le negó este último consuelo. Su muerte debió ser espantosa: su cádaver se encontró en un hoyo en horrible postura, como si hubiera sido lenta y desesperante su agonía; lleno de cardenales y contusiones, como si le hubieran matado á palos; con una gran piedra encima, como si hubieran tratado de acabar con ella algun resto de vida que le quedára al hundirle en aquel sepulcro . . . . . Cuando se descubrió este misterio y se contaron estos pormenores, el cura dijo que habia sido un error desgraciado, porque habia creido que sus víctimas eran partidarios del gobierno. Estremeciéronse de horror

todos los corazones; pero hubo corazones reaccionarios, que encontraron en aquellas palabras, sino una disculpa, por lo menos una circunstancia atenuante de aquel espantoso crimen.

Ya se ha dicho que este hecho no pinta por fortuna el espíritu de la época, ni era posible que á tal extremo llegáran las pasiones en un pueblo de carácter dulce y apacible como el mejicano; y ahora es justo añadir que aquella atrocidad, única en su especie que entonces se perpetró, tampoco pinta el espíritu de los que hacian la guerra al gobierno, y mucho menos, de los que sin tomar parte en la lucha, desaprobaban su política, porque de buena fé profesaban los principios conservadores. Pero ya se ha advertido tambien que una gran parte de los que entonces invocaban estos principios, no lo hacian con sinceridad, porque realmente no profesaban ninguno; y estos dieron á veces á la oposicion un carácter terrible, no solo atacando injusta y desaforadamente á la autoridad, sino desmoralizando al pueblo con máximas erroneas embozadas con la capa de religion.

Enmedio de aquella general efervescencia, Comonfort seguia su camino, sin que un instante le apartára de él la injusticia de sus contrarios, como si fuera insensible al influjo de las pasiones que en torno suyo se agitaban. Sin embargo, le pintaron como un monstruo, le presentaron ante las naciones como el prototipo de todas las iniquidades, le llamaron hipócrita cuando no pudieron negar sus

acciones buenas, y convirtieron sus rasgos de generosidad en armas con que afientarle.

Entre otros hechos que se podrian citar en prueba de esta última observacion, merece ser consignado el siguiente. Recibió un dia Comonfort una carta de Cartagena, suscrita por un nombre que le era completamente desconocido, y en la cual se le decia en sustancia lo siguiente: "Todavía no he podido dar el golpe que tenemos convenido, porque el pájaro vive alerta, y no es fácil llegar hasta él; pero mande V. que se me entreguen los veinte mil pesos que quedaron depositados en Panamá en la casa de los Sres. Ansoátegui, y esté V. seguro de que seguiré haciendo todas las diligencias posibles para lograr nuestro obgeto." Comonfort creyó al principio que podria haber una celada infame para complicarle en el horrible misterio que revelada esta carta, y se la enseñó á sus ministros para que le dijeran lo que pensaban sobre ella. Ellos presumieron que no era mas que un anónimo, del cual no se debia hacer caso, porque habria sido escrito con el único obgeto de mortificar al Presidente. Este sin embargo, conociendo que se trataba de un proyecto relativo al general Santa Anna, que residia en Turbaco cerca de Cartagena, sospechó que todo podia ser obra de algun aventurero, que se propondria sacar provecho de ambos por aquel medio infame. Para evitarlo llamó, al general Basadre, amigo íntimo de Santa Anna, y le encargó que le escribiera participándole el contenido de aquella carta, á fin de que estuviera prevenido contra alguno que tratára

de explotarle haciendole creer en el supuesto atentado. Así lo hizo Basadre; y la respuesta de Santa Anna fué decir, que hacia bien Comonfort en sincerarse con tiempo, pero que ya sabia él que existia el proyecto de acesinarle, y que un emisario habia sido enviado á Cartagena con este obgeto, por un club en que figuraban el mismo Comonfort, su ministro Montes y otros individuos.

Este fué el origen del ruido que se armó en Cartagena en aquellos dias por la supuesta tentativa de asesinar á Santa Anna, cuya especie publicaron los periódicos de Venezuela, escandalizados con razon de semejante villanía, pero evidentemente engañados por los que tenian interés en pintar al gobierno de Méjico como una caterva de asesinos.\*

De este modo vió siempre Comonfort convertirse en su daño lo que hacia con las intenciones mas puras; y así fué como lograron sus enemigos, no solo destruir sus planes de salvacion para su patria, sino presentarlos á los ojos del mundo como si fueran planes de esterminio. La fortuna le hizo pagar bien caros sus favores: despues de haberle mecido en sus brazos, dándole cuanto la ambicion humana puede apetecer, triunfos, aplausos y ovaciones, puso á su lado, para turbar su reposo, los cuidados y las vigalias de la época mas agitada que ha visto Mejico; ce-

---

(\*) Algun tiempo despues recibí Comonfort una carta anónima, en que le decian que todo habia sido invencion de un mejicano, enemigo de su gobierno, que residia en Venezuela.

gó á sus amigos para que le abandonáran, y endureció el corazon de sus contrarios para que le hicieran blanco de implacables persecuciones. El Palacio fué para él una tienda de campaña: cuando perdonó, le llamaron débil; cuando hizo justicia, le llamaron cruel; predicó la paz y la conciliacion, y le respondieron con gritos de muerte y de venganza. Y para coronar esta serie de contradicciones que amargaron su existencia de gobernante, se coligaron al fin para perderle, los recelos injustos de sus partidarios, la inconsecuencia de los que le habian llamado amigo, y la ingratitud de los que habian sido obgeto de su clemencia.

Al referir los acontecimientos, se han señalado algunos de los errores en que incurrió, y se habrá echado de ver que casi todos procedieron de la exageracion de sus buenas cualidades. Uno de ellos fué no haber influido en las elecciones del congreso constituyente ni en las del congreso constitucional, no obstante que se lo aconsejaban su propio interés y la suerte de su pensamiento político: se abstuvo de hacerlo por espíritu de abnegacion, porque respetó la libertad de los ciudadanos, y no quiso poner en la balanza de la lucha electoral el peso de su nombre y de su dictadura. Tuvo á veces condescendencias que le perjudicaron, porque fueron armas poderosas para sus enemigos; y estas condescendencias no eran sino el resultado de su condicion apacible. Por su irresolucion, hija del temor de errar, dejó otras veces que los acontecimientos le arrastráran, no obstante que tiene fuerza y capaci-

dad para dominarlos, y adoptó en algunos casos una política espectante, que no podía menos de sorprenderle con resultados funestos. En fin por su ansia de favorecer á los pobres, de remediar su miseria y de impedir desastres revolucionarios, no se procuró á tiempo el apoyo de combinaciones prudentes, para vencer las resistencias que necesariamente habian de encontrar sus medidas innovadoras.

Uno de los méritos del General Comonfort consiste en haber usado en su sentido racional y justo, ciertas palabras que apenas se pueden emplear sin sonrojo, por la mancilla que ha arrojado sobre ellas la demagogia de nuestros días. En boca de esta, las palabras libertad, reforma, progreso y otras de la moderna nomenclatura política, no son sino una cruel decepcion, ni traen á la memoria mas que ideas de impiedad, de trastorno y libertinage. Comonfort sabe ser liberal, reformador, y progresista, sin ser irreligioso ni anárquico, porque ha tenido la fortuna de no dar crédito á los que dicen que la religion y el orden están reñidos con la libertad de los pueblos.

Hombre desengañado y justo, no da cabida en su ánimo á las prevenciones de los partidos estremos, porque cree que las sociedades han de marchar por el camino que Dios les tiene señalado, sin que los retrógrados puedan detenerlas, ni los demagogos precipitarlas: y no solo no participa de las preocupaciones que en este punto son comunes á todos los paises, sino que se ha conservado exento

de las que son peculiares del suyo. Hay entre ellas una, que aunque absurda y descabellada, domina de una manera fatal á algunos de los que mas alarde hacen allí de exaltacion en materias de liberalismo: no aciertan á ser progresistas, sin tener cierta mala voluntad al nombre español, como si este nombre fuera sinónimo de retroceso. Sería tarea larga examinar el origen de esta preocupacion: algunas veces se ha invocado en Méjico aquel nombre para encubrir malas pasiones y malos intereses de partido: pero ni esta ni otras causas que podrian señalarsele, justificarian nunca semejante prevencion contra todo un pueblo; y mucho menos en los que llevan su sangre. Lo cierto es que durante el período á que nos referimos, este espíritu se desarrolló mas que otras veces, con motivo de la cuestion española, entre los que por él estaban dominados. Comonfort sin embargo no se dejó arrastrar por este influjo: trató aquella cuestion como le dictaba su conciencia, sin dar oidos á las animosidades que se sublevaban á su lado: procuró dar á España las satisfacciones que le parecian posibles,\* é invocó altamente en favor de la paz, los vínculos que ligan á Méjico con su antigua metrópoli, por ser dos pueblos de un mismo origen, de una misma religion, de un mismo idioma y de unas mismas costumbres. Su conducta en aquella ocasion le enagenó no pocas voluntades; y por no haber participado de tales preocupaciones, le fueron hostiles desde aquella época, algu-

---

\* Bajo el gobierno de Zuloaga han sido ajusticiados los asesinos de San Vicente; pero todos habian sido aprehendidos en tiempo de Comonfort, por los esfuerzos que este hizo para ponerlos en manos de la justicia.

nos que antes habian estado ligados con él por lazos de amistad y de opiniones políticas.

Señalamos esta circunstancia, porque es un testimonio contra los que han querido desconceptuar á Comonfort atribuyéndole sentimientos contrarios, y porque ella explica satisfactoriamente la franqueza y la libertad con que se le hace justicia en este libre. Siendo español el que esto escribe, y habiendo defendido siempre las glorias de su pais y las tradiciones de su raza, no habria encontrado que alabar en quien las mirára con odio ó con menosprecio, por muchas que fueran por otro lado sus virtudes.

El pensamiento de Comonfort fué una novedad en Méjico: desempeñó un papel que nunca se habia ensayado allí; y no es extraño que á veces vacilára en la ejecucion, no teniendo precedentes que le ilustráran sobre el modo de vencer las dificultades. Él habia visto muchas veces de qué manera un partido vencedor aspiraba á dominar exclusivamente sobre las ruinas ensangrentadas de un bando vencido; pero no habia visto nunca el modo de ligar á vencidos y vencedores con vínculos de fraternidad y de concordia. Él quiso hacerlo, y quedó en la demanda: pero la mala fortuna de una empresa nada arguye contra los que la acometen.

Sus enemigos dijeron que los sistemas de conciliacion son una químera. Tal vez será así; pero como se han ensayado pocas veces, el mundo no lo sabe todavía: lo que

el mundo sabe, es que los sistemas de exclusivismo son un lago de sangre. A torrentes corre todavía en Méjico la de los partidos á quienes Comonfort quiso reconciliar, porque cada uno de ellos cree que la felicidad del país depende del triunfo exclusivo de su idea y del esterminio completo de su adversario. Los horrores de aquella lucha han venido á probar de una manera bien triste pero bien patente, que si Comonfort acometió un imposible, la mala suerte de su pensamiento no fué una fortuna para su patria. (9)

En tiempos mas tranquilos, Comonfort habria sido llamado padre del pueblo: en la época borrascosa que le tocó en suerte, pareció inferior á la mision que tenia que llenar, porque le faltó la rigidez de los innovadores. Tuvo sin embargo toda la energía que era propia de su pensamiento, y únicamente se detuvo en el umbral de las violencias revolucionarias. La posteridad le hará justicia por dos razones; porque del seno de una sangrienta revolución salió sin manchas de sangre, y porque en el caos de las inconsecuencias fué consecuente. Tuvo arrojo para levantar una bandera en que estaban escritas las palabras consoladoras de paz y de tolerancia. Con ella en la mano venció en la guerra á sus enemigos; con ella se opuso á la impaciencia de sus partidarios; con ella cayó cuando estos le dejaron solo. Él no podia hacer

---

(9) Se escribe esto en Noviembre de 1858. La guerra que estalló al caer Comonfort, entre el gobierno del general Zuloaga y el constitucional, dura todavía; y no hay señales de que tenga pronto término, porque ninguno de los dos bandos tiene bastante fuerza para esterminar á su enemigo, que es lo que ambos pretenden.

mas que lidiar como bueno hasta el fin, esponer su vida, y caer cuando cayó, abrazado con su bandera y con su pensamiento.

## N O T A .

---

En este libro se ha citado varias veces un manifiesto que el General Comonfort dió á luz en Julio de 1858 en la ciudad de Nueva-York. Es un documento importante para la historia de las revoluciones mejicanas : y aunque de él se han copiado diferentes pasages cuando han venido apropósito para la mejor inteligencia de algunos hechos, nos ha parecido conveniente trasladarle íntegro, como un apéndice á nuestra relacion y á nuestras observaciones sobre el periodo á que se refiere. En él esplica el General Comonfort las razones de su política ; y esta esplicacion, que parece hecha con franqueza y con verdad, es el dato mas seguro para juzgar al hombre y á la época, despues de haber visto los acontecimientos.